

Reconciliados por medio de la sangre de Cristo (2.11–13)

Al escribirles Pablo a los cristianos de Éfeso acerca del propósito de la iglesia gloriosa de Cristo, resaltó la transformación que había tenido lugar en sus vidas. Fueron como creados de nuevo, y parte de su nueva existencia la constituía la hermandad existente entre judíos y gentiles.

¹¹Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. ¹²En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. ¹³Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo.

LEJOS DE CRISTO EN OTRO TIEMPO (2.11, 12)

Pablo dijo: «Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne» (vers.º 11). Pablo comenzó a trazar un contraste entre gentiles y judíos, poniendo énfasis en la condición anterior de los gentiles cristianos. El uso de «por tanto» (διό, *dio*) vincula esta condición pasada con el párrafo anterior, el cual concluyó con la expectativa de Dios en cuanto a que los cristianos, salvos por gracia mediante la fe, deben andar en buenas obras. Lo que Pablo dijo en el contraste que comienza en el versículo 11 ayudaría a motivar a los gentiles conversos a apreciar más lo que Dios había hecho por ellos en Cristo y a ser más diligentes en lo que se refiere a vivir según lo había ordenado Dios.

La palabra «carne» (σάρξ, *sarx*) se refiere al cuerpo físico (vea Romanos 1.3) y también a la condición pecadora de la naturaleza humana (vea Romanos 8.1–12). En el versículo que nos ocupa, la

palabra es utilizada literalmente para referirse al cuerpo físico, un cuerpo en el que la circuncisión podría ser «hecha con mano en la carne».

Los judíos se enorgullecían de ser la «Circuncisión» y denominaban a los gentiles la «Incircuncisión» de una manera despectiva. Ello por supuesto se refiere a la práctica que se inició con Abraham, en la que todos los varones de Israel eran circuncidados el octavo día después de nacidos (vea Génesis 17.1–27; Levítico 12.3). La circuncisión era una señal del pacto que Dios hizo con Israel por medio de Abraham, y el acto físico de la circuncisión proclamaba que el judío pertenecía a Israel. La señal del pacto también tenía que ir acompañada de una vida que se vivía de acuerdo al pacto (Jeremías 9.26). La circuncisión era tan importante para los judíos que en la iglesia primitiva surgió una gran controversia en cuanto a si los varones gentiles conversos tendrían que ser circuncidados o no, como parte de la conversión. Se celebró un concilio en Jerusalén para examinar el asunto. Después de mucho debate, los apóstoles, los ancianos y demás hermanos llegaron a la conclusión de que la carga de la Ley, incluyendo la circuncisión, no sería puesta sobre los conversos gentiles (Hechos 15.1–35).

Separados

Al hablar de la condición anterior de los gentiles conversos, Pablo dijo: «En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo» (vers.º 12). En esta declaración, mencionó cinco cosas que habían sido ciertas en cuanto a ellos. En primer lugar, habían estado «sin Cristo» («separados de Cristo»; NASB). Los que no son cristianos están separados de Dios por el pecado (Isaías 59.1, 2) y solamente los que han obedecido el evangelio pueden tener una relación con Cristo.

El énfasis que Pablo pone en este pasaje es que los gentiles no tenían una Escritura que prometiera un Mesías venidero y, por tanto, no compartían la anticipación de los judíos en cuanto al Mesías. Después de todo, el Mesías vino por medio de Israel (Romanos 9.4, 5).

Alejados

En segundo lugar, habían estado «alejados de la ciudadanía de Israel». La palabra «ciudadanía» es la traducción de la palabra griega *πολιτεία* (*politeia*), que podría significar «una condición» o «ciudadanía, los derechos de un ciudadano».¹ En su pasada condición, los gentiles conversos no habían disfrutado de ningún derecho de ciudadanía para con Dios. Los judíos habían tenido una verdadera relación con Dios como nación teocrática que eran antes de que viniera Cristo. Los gentiles no tenían tal relación. Por decisión soberana propia, Dios había hecho un pacto con Israel como el que jamás había tenido con los gentiles. Estos estaban excluidos de la ciudadanía de la nación de Israel. La palabra «alejados» (*ἀπαλλοτριόω*, *apallotrioo*) sugiere un «distanciamiento».² Los otros únicos lugares donde esta palabra se usa en el Nuevo Testamento son Colosenses 1.21 y Efesios 4.18, en referencia al «distanciamiento de aquello con lo cual previamente había una relación».³ Sin embargo, en este pasaje se refiere a estar separados de algún privilegio especial. Dios efectivamente intervino de vez en cuando en la historia del período antiguotestamentario para relacionarse con personas que no eran descendientes de Abraham por medio de Isaac y de Jacob (Melquisedec en Génesis 14; Jetro en Éxodo 2; 3 y Balaam en Números 22; 23).

Ajenos

En tercer lugar, los gentiles habían estado «ajenos a los pactos de la promesa». El texto griego tiene un artículo antes de «promesa», lo cual quiere decir que se refiere a una promesa en específico. Los «ajenos» son los descritos por el sustantivo griego *ξένος* (*xenos*) como los que «no son de la propia familia»⁴ y, por lo tanto, «no teniendo participación

en»⁵ algo. La «promesa» tiene que estar refiriéndose a la promesa que Dios hizo a los patriarcas respecto a la venida del Salvador (vea Génesis 12.1–7; 22.18; 26.4; 28.14). Dios hizo los «pactos», o acuerdos,⁶ con Abraham, Isaac, Jacob y David. Pablo no estaba refiriéndose específicamente a la ley de Moisés, ya que la Ley fue «añadida» a estos acuerdos anteriores (Gálatas 3.19). En Gálatas 3.16–22, hizo distinción entre el pacto con Abraham y el pacto del Sinaí, al referirse a la primera como el pacto de la promesa y a la última como el pacto de la ley.

Sin esperanza

En cuarto lugar, estaban «sin esperanza». Al estar excluidos de la nación escogida de Israel, los gentiles no tenían relación de pacto con Dios, ni promesa de la venida del Mesías. Carecían de esperanza en un Salvador y de una salvación. Las religiones paganas de los gentiles reflejaban su anhelo de una vida futura, sin embargo, Pablo habló del hecho de que no tenían una esperanza real. Toda expectativa que tuvieran de una vida después de la muerte constituía una esperanza falsa y distorsionada. Tenían un conocimiento limitado de Dios y estaban excluidos de la herencia de las Escrituras y de las promesas mesiánicas. Al recordárseles de su condición pasada, los gentiles cristianos apreciarían aún más el hecho de que ahora tenían esperanza debido a «Cristo en [ellos]» (Colosenses 1.27).

Sin Dios

En quinto lugar, estaban «sin Dios en el mundo». El dominio de los gentiles era «la corriente de este mundo» (vers.^o 2), un mundo alejado de Dios. El servirles a sus dioses falsos los dejó sin el verdadero Dios y sin esperanza verdadera. En Gálatas 4.8, Pablo describió la condición pasada de los gentiles cristianos, diciendo: «Ciertamente, en otro tiempo, no conociendo a Dios, servíais a los que por naturaleza no son dioses». Los gentiles, ignorantes del verdadero Dios, eran ateos en práctica; la palabra griega que quiere decir «sin Dios» es *ἄθεος* (*atheos*). La evaluación que Pablo hace de la situación de ellos los dejaba sin Dios y

y *Concordancia del Nuevo Testamento en inglés y en griego* (London: Samuel Bagster e Hijos, s. f.; reimpresión, Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, Regency Reference Library, 1975), 741.

⁵ Kenneth S. Wuest, *Wuest's Word Studies from the Greek New Testament for the English Reader: Ephesians and Colossians (Estudio de Palabras de Wuest del Nuevo Testamento griego para el lector anglosajón: Efesios y Colosenses)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1953), 73.

⁶ Bullinger, 192.

¹ C. G. Wilke y Wilibald Grimm, *A Greek-English Lexicon of the New Testament (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento)*, trad. y rev. Joseph Henry Thayer (Edinburgh: T. & T. Clark, 1901; reimpresión, Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1977), 528.

² Andrew T. Lincoln, *Ephesians (Efesios)*, Word Biblical Commentary, vol. 42, ed. David A. Hubbard y Glenn W. Barker (Dallas: Word Books, 1990), 137.

³ *Ibíd.*

⁴ Ethelbert W. Bullinger, *A Critical Lexicon and Concordance to the English and Greek New Testament (Léxico crítico*

sin esperanza en el mundo.

HABIENDO SIDO HECHOS CERCANOS POR MEDIO DE CRISTO (2.13)

Por supuesto, Pablo también tenía buenas nuevas para los cristianos gentiles, diciendo: «Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo» (vers.^o 13). Así como el versículo 4 comienza diciendo «Pero Dios...», marcando la diferencia entre lo que los efesios habían sido antes de llegar a conocer a Cristo y lo que eran en Cristo, el versículo 13 comienza diciendo «Pero ahora...». Los versículos 13 al 22 contrastan fuertemente con lo que ellos habían sido antes de conocer el evangelio. La frase «en otro tiempo» (vers.^o 11) contrasta con la palabra «ahora» (vers.^o 13). La diferencia entre estar «lejos» y «cercanos» la constituía el hecho de que estos gentiles convertidos estaban «en Cristo».

En el Antiguo Testamento, a los gentiles se les refería como los que estaban «lejos» (vea Deuteronomio 29.22; 1^o Reyes 8.41; Jeremías 5.15), mientras que Israel era considerado como «cercano» (Salmos 148.14). Sin embargo, el acercamiento de los gentiles en Efesios 2 se refiere tanto a los gentiles como a los judíos que se convirtieron en una comunidad recién creada de creyentes en Cristo, como lo muestra el resto del capítulo 2.

Ahora es posible que judíos y gentiles sean hechos cercanos gracias a «la sangre de Cristo». Esta es una referencia a la cruz, donde Cristo derramó Su sangre «por muchos [...] para remisión de los pecados» (Mateo 26.28). El mensaje de la cruz incluye el hecho de que en Su muerte, Cristo llevó sobre sí nuestros pecados a fin de que nosotros cargáramos con Su justicia (vea 2^a Corintios 5.21). Puesto que somos pecadores, hemos renunciado a todo reclamo de justicia (Romanos 6.20). Al carecer de justicia, jamás podremos tener una relación con Dios sin que antes nos declare justos mediante Su obra de justificación. La «justicia» consiste en estar en una «condición recta» ante Dios⁷ y la «justificación» consiste en que nos declaren justos «mediante la

⁷ *Ibíd.*, 647.

absolución de la culpa».⁸ Dios no desea, ni puede ignorar, ni pasar por alto el pecado. Su carácter santo no puede tolerar el pecado. El pecado nos separa de Dios (Isaías 59.1, 2) y trae ira y muerte eterna (Romanos 1.18; 6.23). Su ira se satisface con la cruz, y la pena de muerte eterna es evitada con la sangre de la cruz. Pablo declaró en 1^a Corintios 1.30 que Cristo es nuestra justicia. «En Cristo» somos «hechos cercanos».

Cuando Pablo habló de ser «hechos cercanos» se refería, por supuesto, a estar cerca de Dios. El autor de Hebreos dice que los hebreos cristianos tenían «libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo» (Hebreos 10.19), y luego los alentó a acercarse (vea Hebreos 10.22). Un Dios santo nos invita a acercarnos a Él, porque ha provisto los medios por los cuales podemos acercarnos, esto es, la sangre de la cruz de Cristo. Cuando estamos en Cristo, somos justificados y declarados justos porque estamos revestidos de Cristo. Dios derramó Su ira sobre el pecado en la cruz para poder derramar Su misericordia sobre los pecadores en el bautismo. Dios, por lo tanto, es justo al justificar a los pecadores (Romanos 3.26), ya que la sangre de la cruz reunió las exigencias de Su naturaleza sagrada.

En este punto, es necesario responder a una pregunta: ¿Por qué se necesitó sangre para justificar a los pecadores? Los sacrificios de sangre de animales fueron ofrecidos a lo largo del período antiguotestamentario. Los sacrificios se hacían una y otra vez, mostrando así la naturaleza ineficaz de la sangre animal para quitar el pecado (Hebreos 10.1–4). Sin embargo, los sacrificios de animales efectivamente representaban al verdadero Cordero de Dios, Jesucristo, cuyo único sacrificio para siempre haría expiación por el pecado (Juan 1.29; Hebreos 10.10–14). ¿Por qué fue necesaria Su sangre para traer la redención al mundo? Al describir el sistema de sacrificios bajo la ley, Levítico 17.11 nos dice: «Porque la vida de la carne en la sangre está». Al derramar Su sangre, Jesús dio su vida perfecta por nuestras vidas imperfectas. Murió al derramar Su sangre con el fin de que pudiéramos vivir, tanto espiritual como eternamente.

⁸ *Ibíd.*, 429.

Autor: Jay Lockhart
©Copyright 2012, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados